

VEGETTA777

WILLYREX

WIGETTA

VIEGETTA Y BABYREX



mr

VEGETTA777

WILLYREX

WIGETTA

VIEGETTA Y BABYREX

mr

© Willyrex, 2020

© Vegetta777, 2020

Redacción y versión final del texto: José Manuel Lechado, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

© Ismael Municio, por el diseño de personajes y cubierta, 2020

© Pablo Velarde, por los bocetos, el color y la creación
de personajes secundarios, 2020

© José Luis Ágreda, por la línea y el color, 2020

Diseño de interiores y coordinación de ilustración: Rudesindo de la Fuente

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-270-4696-2

Depósito legal: B. 2.858-2020

Preimpresión: Safekat, S.L.

Impresión: Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

- 8 Mal tiempo
- 26 El futuro de Vegetta
- 44 El pasado de Willyrex
- 64 Tiempo de cambios
- 84 Los Guardianes del Tiempo
- 108 En el país de los Guardianes
- 132 Los monstruos del espacio-tiempo
- 156 Regreso al presente
- 176 Rehaciendo la Historia
- 200 Paradojas a deshora

MAL TIEMPO



La primavera estaba resultando de lo más agitada aquel año. Unos días soplaba el viento, otros salía el sol y otros no paraba de llover. Y eso es exactamente lo que estaba ocurriendo aquella mañana: llovía tanto que la mitad de los habitantes de Pueblo se habían reunido en el bar de Tabernardo porque en la calle no se podía estar.

—**¡PARECE EL DILUVIO!**

—exclamó Herruando, un poco enfadado: las goteras en el techo de su herrería le habían apagado el horno en el que trabajaba el metal y no podía hacer nada hasta que se lo arreglaran.



—Dímelo a mí —se lamentó su hermano, Peluardo—. Con tanta agua como está cayendo, ¿quién va a venir a la peluquería? ¡Hasta a los que tienen el pelo liso se les está rizando solo!

—Hombre, no os quejéis tanto —se rio Willy—. Es primavera. Lo normal es que llueva un poco.

—Un poco sí, pero esto es exagerado. En mi vida...

Herruardo iba a decir que no recordaba haber visto llover tanto en toda su vida, pero le interrumpió la llegada repentina de Ray. El científico venía calado hasta los huesos. Su melena de león le caía completamente lacia sobre los hombros y llevaba las gafas cubiertas de gotitas. Chorreaba tanta agua que se formó un charco en el suelo, a sus pies.

—¡RAY, BIENVENIDO!

—le saludó Trotuman mientras devoraba una *pizza* del Bru-Hut—. Vaya tiempo malo que hace, ¿verdad?

—Es curioso que digas eso —le respondió—. Porque precisamente venía a hablaros del tiempo.

—¿Has inventado una máquina para controlar la lluvia?

—preguntó Vegetta—. Estaría genial. Podríamos regar los campos de noche y que de día hiciera sol.

**—¡No me refiero
al tiempo meteorológico,
sino al otro!**

—exclamó el sabio—.

El tiempo cronológico, el del reloj... Chicos, no os lo vais a creer, pero...



Ray guardó silencio unos segundos, concentrado en la mirada expectante de sus amigos y, también, en sacudirse el agua que le había entrado en las orejas:

—Queridos convecinos, he inventado una máquina para viajar en el tiempo.

Ahora fueron Willy, Vegetta y los demás los que se quedaron sin palabras.

—Bueno, **¿no decís nada?**

—preguntó Ray, extrañado.

Vegetta fue el primero en responder:

—Hombre... No sé, me parece un poco raro. No es que entienda mucho, pero vi en un documental que viajar en el tiempo es imposible.

—Bueno, según algunas teorías quizá sí se pueda

—intervino Lecturicia, la bibliotecaria—. Al menos eso he leído.

—**¡Así es!**

—exclamó Ray, entusiasmado—.

¡SE PUEDE!

Y yo he sido el primero en conseguirlo.

—Un momento, un momento —dijo entonces Willy—.

Yo también vi ese documental y en él decían que los viajes en el tiempo son peligrosos. La historia podría cambiar, se producirían paradojas extrañas... Imagínate que te desplazas en el tiempo y te ves a ti mismo de joven.

—Sí, sí —asintió Ray—. O que impides que tus padres se conozcan y entonces tú no llegas a nacer, pero ahí estás, bla, bla, bla... Me conozco de sobra todo eso. Pero es un hecho: he probado mi máquina y funciona.

—¿Y a dónde has ido? —le preguntó Vakypandy.

—Bueno... Me he desplazado cinco minutos hacia el futuro. **¡Y aquí estoy!**

—No es gran cosa —observó Tabernardo, bromista, mientras limpiaba unos vasos—. Nosotros también hemos viajado esos mismos cinco minutos hacia el futuro.

—Ya... Es que tampoco me quería arriesgar mucho la primera vez. Pero mi máquina está lista para funcionar. Y creo, chicos —dijo mirando directamente a Vegetta y a Willy—, que puede ser el comienzo de una gran aventura.

—**¡Ah, no, NI HABLAR!**

—exclamaron los dos a la vez.

—**¿No os gustaría viajar a otras épocas?** —insistió Ray, extrañado.

—No es eso —respondió Vegetta—. Es que estamos agotados de tantas aventuras: nos merecemos un descanso.

—Así es —asintió Willy a las palabras de su amigo—. Además... No dudamos de que eres un gran científico, pero ¿estás seguro de que la máquina funciona? Es que es un poco raro.

—**¿Será posible?!**

—gruñó Ray—

¿Qué sabréis vosotros de ciencia?

Pues muy bien. Habéis perdido la oportunidad de convertirlos en personajes históricos.

Con estas palabras Ray salió de la taberna dando un portazo. Willy y Vegetta se sintieron un poco mal por haber hecho enfadar a su amigo. Pero era verdad: habían vivido muchas aventuras juntos y ya les tocaba descansar un poco. Además... ¿una máquina del tiempo? Eso es cosa de los cuentos de ciencia-ficción, no algo que pueda existir en la realidad.

—Vaya... Yo no pretendía ofenderle.

—No te preocupes, Willy, seguro que se le pasa dentro de un rato —tranquilizó Vegetta a su amigo.

—Ya, pero... Quizá deberíamos hablar con él.

—**¿Pues qué tal si vamos a su laboratorio y habláis con él?**

—intervino Vakypandy, conciliadora—. Seguro que se le pasa el enfado.

—Vale, pero esperad que acabe mi *pizza* —farfulló Trotuman.

—Venga, vamos, glotón. Aprovechemos que ha dejado de llover.



En efecto, la lluvia había cesado, las nubes se abrían y dejaban pasar un sol espléndido. Sin duda era una primavera loca. El camino al laboratorio no era largo, aunque las calles estaban llenas de charcos.

—Me estoy manchando las patitas —se quejó Vakypandy.

—Venga, que ya estamos llegando, presumida.

El laboratorio de Ray, visto desde fuera, parecía un búnker, una auténtica fortaleza. Pero como casi nunca cerraba la puerta, no tuvieron el menor problema para acceder al interior. Salvo por las luces de emergencia, que nunca se apagan, el lugar estaba casi a oscuras. Trotuman pulsó el interruptor de la entrada, pero no ocurrió nada.

—Debe de haber una avería eléctrica...

—Casi no se ve —dijo Willy—. Mirad dónde ponéis los pies.

—Sí, mejor ir con cuidado —le respondió Vegetta—.

**¡Ray,
Ray! ¿Estás por aquí?**

Nadie respondió.

—Quizá se ha ido a su casa —observó Vakypandy.

—Es posible —dijo Willy—. Vayamos a ver.

—Sí, y le pedimos disculpas —concluyó Vegetta.

—Chicos, ya que estamos aquí —intervino Trotuman—, ¿no os pica la curiosidad? Podríamos echarle un vistazo a la máquina del tiempo. O lo que sea.

—Hombre... Estaría un poco feo, ¿no? —dijo Willy, sin mucha convicción.

—La verdad es que... no pasaría nada, ¿verdad? —añadió Vegetta, a quien, en efecto, le picaba un montón la curiosidad, igual que a sus amigos.

—Venga, vayamos al laboratorio principal. Seguro que la tiene allí. Echamos un vistazo y nos largamos —zanjó Trotuman el asunto, poniéndose en cabeza.

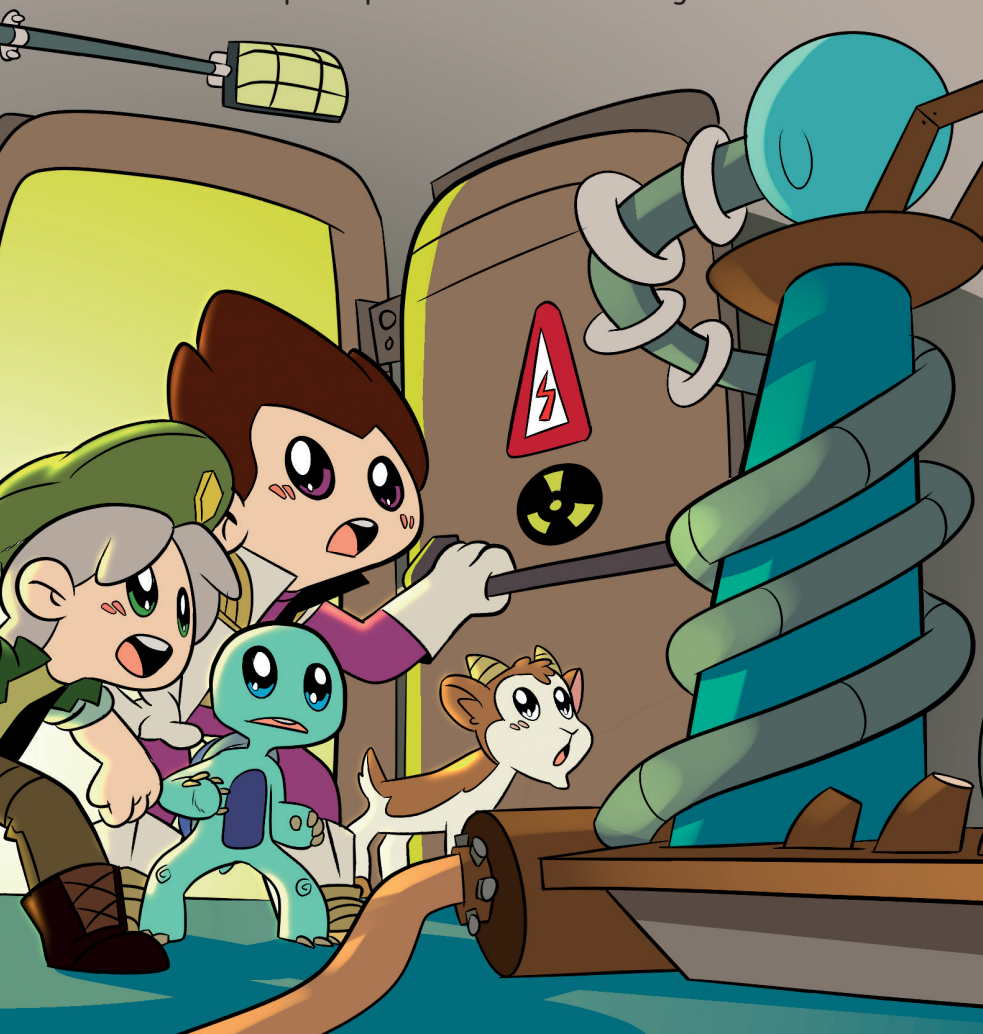


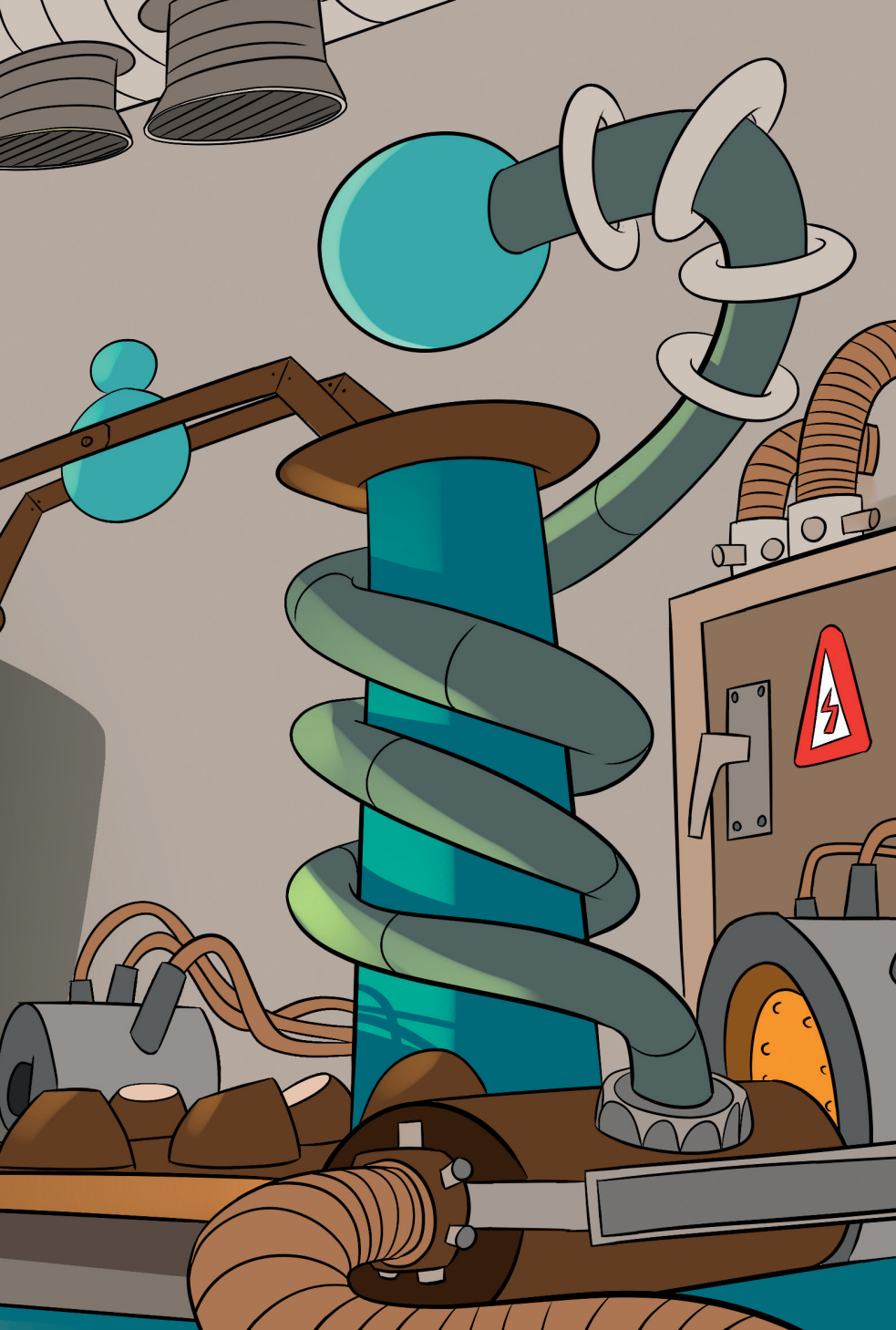
El laboratorio principal era una gran sala cercana al vestíbulo y, aunque el pasillo que llevaba hasta él se encontraba bastante oscuro, no hubo problema para llegar: todos conocían muy bien las instalaciones y las luces de emergencia eran suficientes para no tropezar con nada. Trotuman, muy decidido, empujó la puerta de acceso y... Allí estaba: un artefacto de aspecto fabuloso, una especie de... ¿De qué? La verdad es que resultaba difícil de describir. Consistía, ante todo, en dos grandes tubos de cristal de unos dos metros de altura, envueltos en muelles de acero muy brillante que conectaban dos bolas de cobre del tamaño de una cabeza. Había también muchos cables, algo que parecía una gran batería, una especie de motor...

—Madre mía,
VAYA TRASTO.

—Lo que no veo son los mandos.

Efectivamente, a diferencia de otros inventos de Ray, que siempre disponían de un tablero de mandos futurista, en este caso no había nada parecido. Ni siquiera un triste botón o una palanquita. Era de lo más enigmático.





—**Eh, chicos, mirad qué relojes más chulos**

—dijo de pronto Trotuman.

Sobre una bandeja metálica había media docena de relojes muy extraños. Su diseño era poco habitual: cuadrados, en vez de redondos, habían sido fabricados en un metal brillante parecido al de los muelles de la máquina. La esfera no solo tenía agujas, sino un calendario y varios botones a los lados, uno de ellos más grande que el resto.

—Me lo voy a probar —dijo Trotuman cogiendo uno y colocándoselo en la muñeca para ver cómo le quedaba—. Está genial, mola un montón. Deja que te ponga uno, Vakypandy.

—Vale, pero pónmelo en el cuello, que queda muy elegante.

—**¡Eso está hecho!**

—Eh, chicos, no toquéis nada —dijo Vegetta—. Esos relojes son de Ray.

—Es cierto —asintió Vegetta—. Deja que te lo quite, Trotuman.

—Está bien, pero sois muy aburridos —protestó la mascota.

—**¿Lo ves?
Este reloj está atrasado**

—observó Vegetta, mirando la esfera—.

Si no lo hubieras tocado...

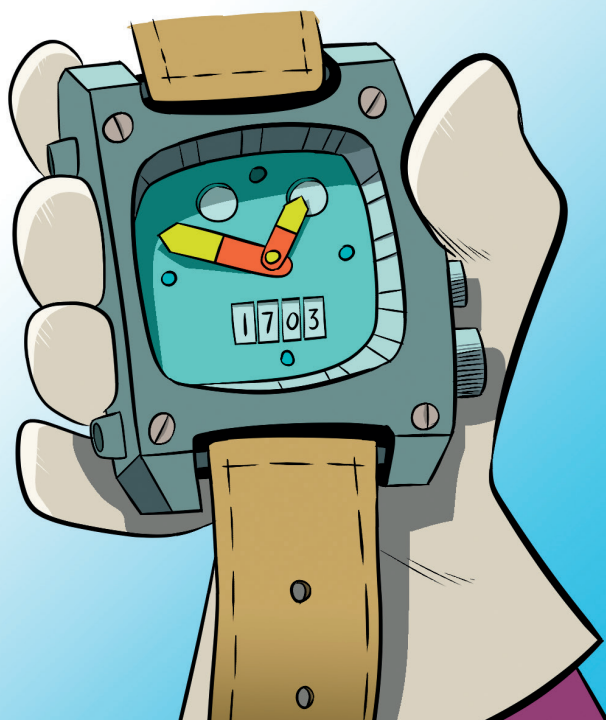
—Anda, el de Vakypandy también va mal —dijo Willy, mientras retiraba el reloj del cuello de la mascota—. Aunque este va adelantado.

—Será mejor ponerlos en hora, no vaya Ray a echarnos la bronca.

—De acuerdo. Según el reloj de la pared son...

—Las dos en punto —observó Trotuman—. Deberíamos irnos a comer.

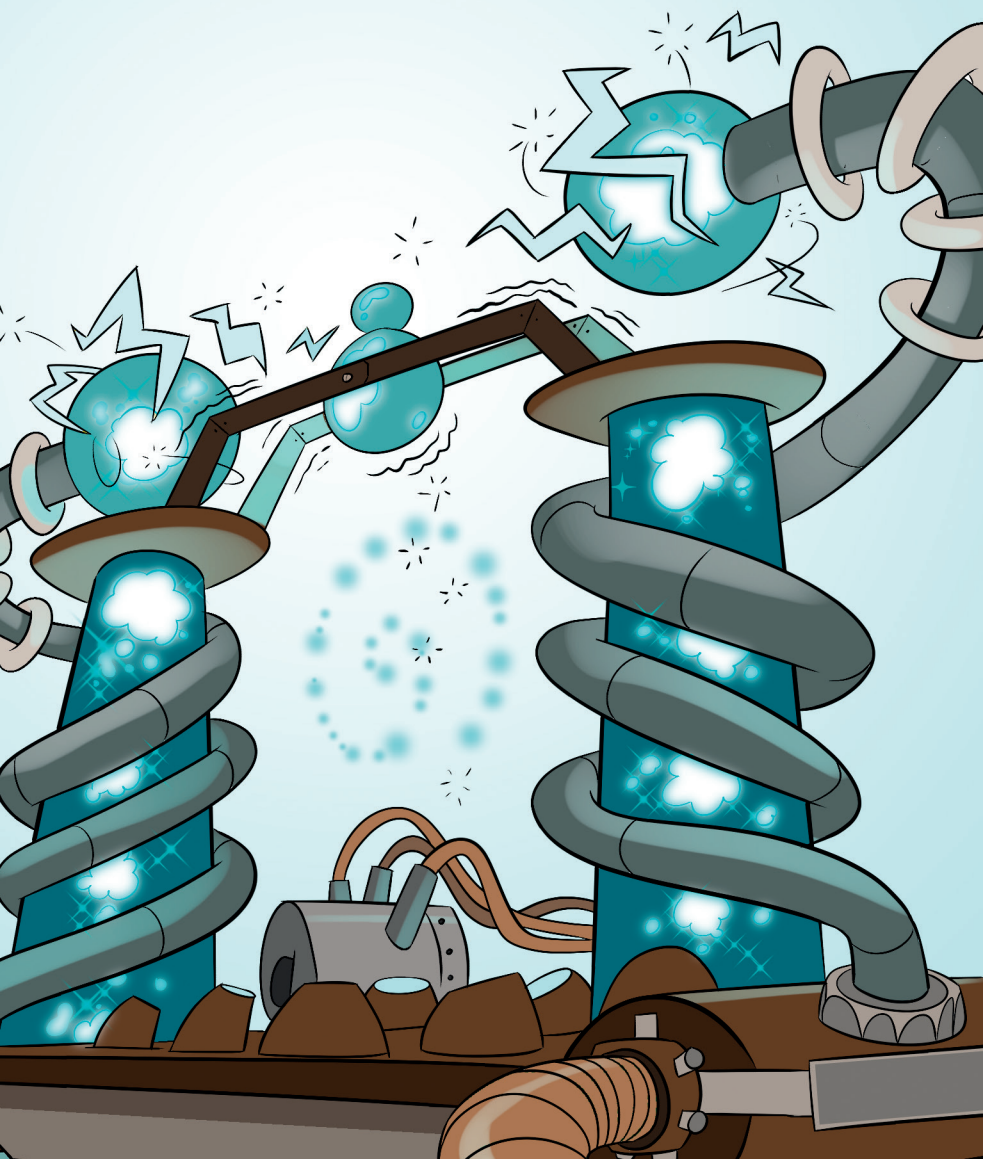
Sin hacerle caso, Willy y Vegetta, cada uno con su reloj, empezaron a dar vueltas al botón grande, pero las manecillas, en vez de moverse despacio, que es lo normal, se pusieron a girar a una velocidad de vértigo.



—Jo, qué raro es esto —observó Vegetta.

—Pues más raro es... ¡esto! —exclamó Willy—.

¡MIRA!





Mientras las manecillas giraban a toda pastilla emitiendo extraños destellos azulados, la máquina de Ray se puso en marcha haciendo toda clase de cosas raras. Primero unos ruidos misteriosos; a continuación los muelles se estiraron por sí solos; y luego dos columnas de chispas azules comenzaron a subir por cada uno de los tubos de cristal hasta alcanzar las bolas de cobre. Entonces se produjo un estampido, como un trueno, y las chispas formaron un rayo que conectó las dos esferas metálicas e iluminó de golpe todo el laboratorio con una claridad cegadora.

—Esto no me gusta —advirtió Trotuman cubriéndose los ojos, pero había tanto ruido que nadie pudo escucharle—.

¡Deberíamos irnos!

En realidad, todos pensaban que esa sería una buena idea, pero no hubo tiempo para reaccionar. En ese mismo instante el rayo formó una especie de remolino en el aire, un vórtice que rasgó el espacio entre las dos columnas.

—Parece una puerta —dijo Vegetta, algo asustado.

No tuvo tiempo de añadir nada más. En efecto, el vórtice era una puerta, un acceso abierto en el espacio y en el tiempo. Y, por lo que se ve, tenía «hambre». De pronto, y ante la mirada asombrada de las dos mascotas, Willy y Vegetta fueron absorbidos por el vórtice, que tiraba de ellos como si fuera un imán.

—¡¡¡SOCORROOOOO!!!

—fue lo último

que se pudo oír, en boca de Willy, antes de que tanto él como su viejo amigo fueran absorbidos por...

Por lo que fuera aquella cosa.

Luego, con un último chasquido, los rayos y las chispas desaparecieron también y la máquina se apagó como si nunca hubiera estado encendida. Las dos mascotas no pudieron hacer otra cosa que contemplar la escena aterrorizadas.

—Pero, pero...

¿Qué ha pasado?

¿A dónde han ido?

—preguntó Trotuman.

—¿A DÓNDE?

—le respondió, pasmada, Vakybandy—.

Espero que Ray no estuviera en lo cierto con lo de su máquina. Porque entonces la pregunta no sería «a dónde» sino...

¿A CUÁNDO?



